



Con la colaboración
de la UNIVERSIDAD
PONTIFICIA
DE SALAMANCA

SE211071

SUPLEMENTO
Vida Nueva

EDITORIAL

Carta a las mujeres del planeta

Queríamos conocer y hablar con mujeres que están luchando por un cambio en el mundo y que hoy son las protagonistas de la lucha por la vida y la libertad. Afganas, yazidíes, iraníes, kurdas, africanas, sudamericanas, indias y mujeres migrantes... Distintas y lejanas de nosotras, pero tan cercanas en su deseo de cambio y de transformar el sufrimiento en protagonismo y la marginación sufrida en su motivación vital. Lo hacemos de la forma más sencilla: con diez cartas de escritoras italianas que, estamos seguras, llegarán de algún modo hasta los lugares más lejanos del globo.

El lenguaje de la literatura, como el de la libertad, es universal. A pesar de que todavía hay mucha opresión en el mundo, la voz de la mujer es fuerte y capaz de traspasar fronteras de todo tipo. Reclama ser escuchada.

Viola Ardone ha escrito a la mujer afgana a la que le han quitado todo, incluso el rostro, pero que no se resigna a ser lo que los hombres quieran que sea, es decir, un fantasma sin pensamiento ni vida propios. Pero debajo del burka está ella, la mujer que vive y piensa. Como bajo el *hiyab*, hay mujeres iraníes que tienen el coraje de batirse por su futuro en las plazas. A ellas dedica una carta **Silvia Avallone**. **Carola Susani** se dirige a las mujeres kurdas, las primeras en gritar *Jin, Jiyan, Azadi, Mujeres, Vida, Libertad*.

Las palabras a las mujeres yazidíes que derribaron el “muro de la indiferencia” de Occidente cuando el Estado Islámico intentó destruir a su pueblo son de **Mariapia Veladiano**.

Y de **Dacia Maraini** las dirigidas a las mujeres africanas atrapadas entre un atraso que las sigue castigando y una modernidad que, sin embargo, les niega sus derechos.

Nadia Terranova escribe a las niñas que nacieron en tiempos de guerra, las frágiles niñas que tienen que enfrentarse a un mundo difícil y malo. **Igiaba Scego** a una niña yanomani cuyas tierras fueron invadidas y saqueadas en la fiebre del oro amazónica. **Elena Janezeck** a las migrantes invisibles y excluidas. **Maria Grazia Calandrone** cede su voz a una niña india que rechazó un matrimonio impuesto por su familia.

Pero, ¿y los hombres? También ellos están presentes en este número de *Mujeres, Iglesia, Mundo*. También ellos tienen su carta. Las palabras de **Edith Bruck** pesan como rocas: “Es la debilidad de los hombres la que desencadena la violencia, la violación y el asesinato. La debilidad y no el amor”.

DONNE CHIESA MONDO

Suplemento mensual

CONSEJO DE REDACCIÓN

RITANNA ARMENI
GABRIELLA BOTTANI
YVONNE DOHNA SCHLOBITTEN
CHIARA GIACCARDI
SHAHRZAD HOUSHMAND ZADEH
AMY-JILL LEVINE
GRAZIA LOPARCO
MARIANELLA PERRONI
MARTA RODRÍGUEZ DÍAZ
CAROLA SUSANI
RITA PINCI (COORDINADORA)

EN REDACCIÓN

SILVIA GUIDI
VALERIA PENDENZA

Esta edición especial en castellano
(traducción de ÁNGELES
CONDE) se distribuye de forma
conjunta con VIDA NUEVA y
no se venderá por separado

www.osservatoreromano.va



A ustedes, extranjeras entre nosotras

“Podéis tener títulos y carreras, pero que fueseis maestras, arquitectas o ingenieras, aquí no os vale para nada. A veces solo recibís un, ‘sois muy buenas’...”

HELENA JANECEK



En la caja del supermercado chino hubo un momento en que nos miramos, tú creyendo que yo me estaba llevando tu paquete de *kaša* por error. Efectivamente, es curioso que en un lugar así, donde viene gente de todos los continentes, estuviéramos una detrás de la otra comprando cereales de la misma marca. Una vez en mi cocina, viendo el paquete, me acordé de ti. Porque tenía unas letras en cirílico y, en la parte superior, un dibujo de una iglesia con cúpulas redondas doradas en medio de un campo florido.

Junto a esos granos, el producto vendía también el mundo de los emigrantes del Este europeo, ese mundo que era imagen de la nostalgia y que, en cambio, ha quedado reducido a una agonía constante. Porque la caja estaba en ruso y tú eras probablemente ucraniana. Al menos es fácil leer las instrucciones, me dije, y, sobre todo, cómodo para preparar la cena en diez minutos. Una cacerola, un plato, un poco de mantequilla. Otros pensamientos, otras prioridades, otros problemas. La familia que está lejos, la guerra, el trabajo, el cansancio diario y, en las horas libres, encontrar tiempo para charlar con los vecinos y otras cosas agradables. Quién sabe

si hace años que no compras esa marca y no, como yo, que la he comprado por primera vez. Después de leer que los granos se producían en Ucrania, lo guardé.

No me había dado cuenta de que tú también representas un mercado. No demasiado grande, pero un nicho digno de ser cubierto. La empresa alemana que importa *kaša* para cocinar lo distribuye por toda Europa Occidental. Y así, veo un mar de mujeres inmigrantes que surgen el contenido de la bolsa en agua hirviendo, mujeres que principalmente realizan labores domésticas, algunas con sus papeles en regla, otras no. Mujeres indispensables en los países de llegada para cuidar de los ancianos, niños o enfermos y mujeres que sostienen con sus remesas la economía del país de origen. Mujeres globales, os define el título de un libro precioso porque muestra cuánto has pagado por esclavizarte en el extranjero. Y quien paga, espera. Esperas que tus hijos, a los que mandaste a estudiar, tengan una vida mejor y, sobre todo, has demostrado a tus hijas que pueden lograr lo que quieran. Quizás tú también has llevado este anhelo de bienestar, libertad y democracia a tu país. Pero no es fácil, comporta un dolor. Siempre con cuidado de no provocar ines-

tabilidad y de no cuestionar el papel de los hombres y, aunque casi todo el dinero de la casa sea el que vosotras ganáis, os toca trabajar duro para que nadie olvide de dónde venís.

En el supermercado, donde nos conocimos, tienen salsas para filipinas, mandioca para peruanas, especias magrebíes, encurtidos rumanos y moldavos, y paquetes de arroz de todas las calidades y tamaños, ya que, desde Asia hasta África y América Latina, lo consume todo el mundo. El Basmati está a mejor precio que en las grandes cadenas y también lo están otros productos comprados por muchos italianos, pero en más de veinte años pocas veces he visto entrar a alguien que no tuviera cara de extranjero.

Los migrantes son visibles solo cuando representan algo como una emergencia o un problema. De lo contrario, su vida común y corriente no suscita mayor interés. Las mujeres no son precisamente las que representan “el problema” que, al ser presentado como una amenaza violenta, se considera masculino; pero cuando realmente se convierte en un problema, son ellas las primeras que sufren. Las mujeres paquistaníes que, a veces podemos ver en los parques con sus niños, a veces



también caminan detrás de sus maridos, que hacen la compra solo cuando pesa y es necesario llevarla a casa. Algunas llevan el velo hasta los ojos. Es ese exceso de velo el que alimenta la hostilidad hacia ellas, haciéndolas más excluidas, aún más invisibilizadas. En alguna medida, a vosotras mujeres migrantes, aunque representéis un problema que no es vuestro, os toca pagar el precio más alto. Cuando estalló la guerra, escuché a una señora italiana decir que no sabía nada de tu país excepto lo que le había contado su cuidadora ucraniana. Ni siquiera mencionó el nombre de tu paisana y me preguntaba el por qué.

Me dije que, por varias razones, la mejor de las cuales era por discreción, era vergonzoso hablar de aquella mujer extranjera fuera de los muros de su casa. Imagino que no es fácil aceptar la propia vejez y

tener que aceptar a un extraño en la casa, más bien necesitarlo. Casi siempre son las mujeres las que contratan a una mujer, evalúan su servicio, supervisan todo lo que hace la otra en ese lugar nuestro de cosas y afectos, nuestro hogar, el único ámbito donde muchas nos sentimos soberanas.

La relación empleada-señora es ambivalente por definición, pero lo es aún más con una mujer inmigrante porque, por un lado, se quiere que la extranjera esté lo más familiarizada posible con las costumbres y tradiciones y, por otro, el hecho de que sea extranjera encaja en el papel de alguien que no puede mandar por encima de la verdadera familia. Y vosotras, con vuestros hijos criados por vuestros padres, ¿cómo os va? Cuando estáis en otro continente, a veces no podéis ni verlos durante años.

Podéis tener títulos u otras buenas calificaciones, pero que hayáis sido maestras, arquitectas o ingenieras ya no cuenta aquí. A veces, os volvéis duras por el trabajo y la vida en un país extranjero o quizás ya lo erais antes de marchar. A veces, sin embargo, sois “muy buenas” y ese adjetivo resume todo lo que hacéis.

Es realmente increíble cuánta paciencia, alegría, atención demostráis, cuánta sabiduría y experiencia de cuidado aplicáis y cuánto peso sois capaces de soportar siendo una mano amiga incluso para aquellos que os pagan. A menudo brindáis a los demás el amor que solo puedes dar a los tuyos a través de videollamadas y transferencias de dinero. Y esto no tendría precio si no fuera el único esfuerzo del que no os sentís obligadas de rendir cuentas a nadie.



Esconder los problemas

Es la obra *Sweep it Under the Carpet* de Banksy. La traducción literal sería *Mételo debajo de la alfombra*. Es decir, esconde un problema o manténlo en secreto, en lugar de afrontarlo.

Una imagen que se convierte en el emblema de la tendencia a no resolver las cuestiones más importantes porque se encubren, se posponen y así se finge que no existen. Sucede para los trabajadores migrantes, como escribe Helena Janeczek en su carta, “solo son visibles cuando representan algo como una emergencia o un problema”. El mural, uno de los más famosos del famoso artista callejero, apareció en 2006 en una pared en Chalk Farm Road, Londres, y sobrevivió solo unos meses antes de ser retirado. Un año después apareció en una pared cercana a la White Cube Gallery de Londres.



A ti, mujer afgana

A ti. A ti que has perdido todo lo que se podía perder y no sabes si algún día lo recuperarás. A ti que no tienes rostro, ni ojos, ni cuerpo porque te ves obligada a esconderlos detrás de unas vestiduras que te hace parecer un fantasma. A ti para quien ser mujer es una carga en lugar de una bendición. A ti que no tienes nombre porque no eres libre. A ti que esperas que la vida que crece en tu vientre sea un hombre, porque pensar en ella como mujer te parece una maldición.

Quiero escribirte, aunque no puedas leerme, ya que no puedes leer nada porque te han quitado hasta la posibilidad de estudiar. A ti que ibas a la universidad por las mañanas aferrada a esa especie de normalidad como se aferra el náufrago al último salvavidas del barco. Y que ibas a clase porque te gustaba estudiar y te gustaba pensar que mientras fueras capaz de aprender, tu futuro no estaría del todo perdido y tú vida no estaría acabada. Te escribo porque eres la única que me gustaría que me leyera. Tú y tus compañeras y también tus compañeros, los que han decidido protestar contigo para que las puertas de la universidad se abran de nuevo a sus amigas, a sus hermanas y a sus novias.

Te escribo a ti que has sido traicionada muchas veces y por muchas personas diferentes por la misma razón: indiferencia, egoísmo y ceguera. Te enseñaron que una mujer vale menos que un hombre, que tiene que agachar la cabeza para obtener

“A ti que no tienes rostro, ni ojos, ni cuerpo porque te ves obligada a esconderlos detrás de unas vestiduras que te hace parecer un fantasma. Te escribo, aunque no puedas leerme, porque te han quitado hasta la posibilidad de estudiar”

VIOLA ARDONE



su consentimiento, que en la calle tiene que arrastrarse contra la pared, que es inútil llorar o gritar y que su voz es como un alfiler en el fondo del océano. Te enseñaron a vestirse, a comportarte, qué palabras decir, qué pensar y las ventajas y desventajas de una vida ya encaminada por caminos que tú no elegiste.

Te mintieron, y lo sabes, pero no has podido hacer otra cosa y te ha tocado seguir adelante. Todos los días te arrebatan una parte de ti hasta que llegó

el peor de los días, el más difícil, cuando llegaste por la mañana a la puerta de la facultad y la encontraste cerrada. Cerrada solo para ti, para las que son como tú, con el vestido largo azul cielo y los ojos ocultos tras un velo.

Te escribo a ti, que un día te apuntaron con sus armas y te ordenaron que te fueras, porque aquel donde ibas a estudiar, donde te preparabas para imaginar un futuro diferente al de tu madre y tu abuela, ya no era tu sitio. Te escribo porque no debería haber un solo país en el mundo donde alguien crea saber cuál es el lugar de una mujer; y no debería haber nadie que pueda decirnos dónde estar y encerrarnos entre alambre de espino. Ningún país debería ser así, ni siquiera en el que yo vivo, donde las mujeres no usan el burka y tienen libre acceso a la universidad, pero son asesinadas por decir no a quienes les dicen que las aman.

Te escribo a ti, joven de tez de ámbar y de hermosos ojos, para disculparme en nombre de un Occidente que prometió salvarte y luego te dejó sola en las mismas manos que decíamos combatir. Y cuando ya no nos convenía hacerles la guerra, les dejamos recuperar el territorio, las leyes, la política, la religión y vuestras vidas. Te escribo porque naciste al abrigo de la bandera de la OTAN y te encontraste como mujer a la sombra oscura del régimen talibán. Te habían enseñado a sostener un lápiz que luego te quitaron, te habían enseñado a leer para después confiscarte los libros, te habían enseñado a pensar y luego creyeron que no les convenía, por que pensar no sirve para obedecer.

Te escribo, pero sé que mis palabras no te llegarán; entonces, ¿para qué escribirte? Para entender, para contar a quienes no lo sepan, para sembrar una semilla en la tierra negra y esperar a que brote algo, porque algo siempre brota. Y si esa semilla es la semilla de la revolución, entonces dará a luz una planta que es imposible de cortar, como está sucediendo en Irán. Para ser fuerte, no puedes estar sola. Y por eso te escribo, mujer afgana, porque estoy cerca de ti, solidaria y hermana. Porque también he oído, al menos una vez en mi vida, la expresión, “tú no, porque eres mujer”.

Te escribo porque tú sabes más que nadie lo que es sentir que te arrebatan el presente de las manos, sabes lo que es ser testigo impotente del futuro que se desvanece porque alguien ha decidido que “no, porque eres mujer”. Y precisamente, por eso te escribo: porque eres mujer. Hoy más que nunca la revolución es femenina,

la transformación es femenina, la vida es femenina y la libertad es femenina. Todas estas palabras, cada una femenina y singular, como tú. Te escribo porque eres única, y también como muchas otras, eres símbolo de la injusticia, metonimia del mal que muchas veces ciega al mundo y metáfora de una vida medio vivida.

Que estas palabras vuelen hacia ti, que sean aire que levante tu velo, que sean agua que alivie tu sed de justicia, que sean la llave que te abra todas las puertas y que sean fuego que queme las leyes de aquellos hombres que saben lo que es la humanidad.



Las paredes hablan

Shamsia Hassani, de 35 años, es una artista afgana, grafitera y profesora de escultura en la Universidad de Kabul (hasta 2021). Nació en Teherán donde sus padres, originarios de Kandahar, emigraron durante los años de la guerra. Se la considera la pionera del arte callejero afgano. Sus murales son borrados constantemente por las autoridades, pero ella no se detiene porque “el arte es más fuerte que la guerra”. Sus mujeres están representadas como graciosas siluetas, inmersas en sus pensamientos, con la mirada hacia abajo y sin labios. Grita desde el silencio. Esta es *La colegiala*, de 2022, que publicó en las redes sociales con este comentario: “El primer día del nuevo año escolar, cuando las niñas afganas volvieron a la escuela con mil esperanzas y aspiraciones, los talibanes las expulsaron de clase y las mandaron a casa”.



A vosotras, jóvenes iraníes

SILVIA AVALLONE

“Viendo cómo salís a la calle con el pelo suelto a exigir vuestro futuro, me habéis demostrado con este ejemplo que la libertad es la irremplazable raíz de la vida”

Queridas jóvenes iraníes, nunca he tenido que mostrar el valor que tenéis, así que ni siquiera sé si lo tengo. Aunque ya no soy una adolescente, la verdad es que como nunca me vi obligada a luchar por la libertad arriesgando mi vida, tengo poco que enseñaros. Al contrario, estoy aprendiendo de vosotras. Al veros salir a la calle con el pelo suelto y corto para exigir el futuro que os merecéis y que toda mujer merece, me habéis demostrado con vuestro ejemplo, con vuestra presencia física bajo el cielo infinito y a punta de pistola, que la libertad es la raíz insustituible de la vida. Sin ella, solo estamos aparentemente vivas. Sin ella, nos asfixiamos.

Me gustaría escribirte sobre mi admiración y decirte que tu causa es la nuestra: no estáis solas. Incluso aquí, en este rincón privilegiado del mundo donde nací y crecí por pura suerte, —aquí donde gracias a las mujeres que lucharon antes que nosotras, todas somos libres para estudiar, vestirnos como queremos, trabajar y casarnos con quien amamos—, la realidad no es tan simple como parece. En Italia casi todos los días muere una mujer porque intentó rebelarse contra una pareja violenta que la consideraba de su propiedad. Todos los días las mujeres somos víctimas de prejuicios y discriminación, continuamente se nos desalienta a buscar nuestra independencia, ejercer nuestra carrera y disfrutar de nuestra felicidad para sacrificarla por la de los hijos y maridos.

Estamos educadas para gustar y ser deseadas y no tanto para cultivar nuestros

propios deseos, para hablar en voz alta, para desobedecer y para ocupar un gran espacio social fuera del perímetro de nuestras casas. En todas partes del mundo, en distinto grado, las mujeres son penalizadas, marginadas, silenciadas, violadas y asesinadas por el mero hecho de ser mujeres. En todas partes del mundo, en distinto grado, se nos niega el derecho a la propia identidad. Nos piden que pertenezcamos a alguien. Que nos sacrifiquemos. Que obedezcamos. Pero no somos cosas, somos personas. Nuestros cuerpos no son terreno de conquista ni de juicio de nadie. Son solo para nosotras, para correr, amar, gritar, movernos y conocer. Para construir nuestras vidas a través de elecciones libres.

Vuestro valor es una señal universal que llama a las puertas del futuro. Un futuro, después de milenios, por fin justo, que nos ve no solo como hijas, o madres, o esposas, sino también, siempre y, sobre todo, como expresión de nuestros deseos, de nuestros sueños y de nuestra voz. Un futuro en el que seremos amigas, porque la sororidad es la única manera de combatir un mundo que nos ha ofendido y acorralado desde el principio de los tiempos.

Vuestra lucha es la de todas, y de cualquiera que dé cuenta de que este escándalo no puede continuar. Desatad el ímpetu de la juventud, la fuerza del ideal sin la cual no se puede decir que la vida sea tal.

Sed protagonistas en primera persona de una historia inédita.

Con vosotras nace una humanidad nueva. Desde aquí, yo os doy las gracias.



Queridas hermanas yazidíes

“Sois maestras de renacimiento. Os prometemos solemnemente que no viviremos en paz hasta que cada una de vosotras haya recibido el consuelo de la verdad”

MARIAPÍA VELADIANO

A qué mujeres yazidíes debemos enviar nuestra carta? Quizá a las muy nobles y orgullosas combatientes, con sus trajes militares y armas en la mano, que recogía una prensa llena de buenas intenciones como para anestesiarse nuestra conciencia. Pensábamos que como eran así de duras, lo lograrían. Como si tener que combatir todos los días para intentar seguir existiendo no fuera una derrota prolongada.

O quizá la carta debe estar dirigida a las jovencísimas y hermosas esposas yazidíes que nos presentan los artículos etnográficos cuando buscamos noticias sobre ellas. O a las mujeres que en 2014 el llamado Estado Islámico secuestró, asesinó o esclavizó de formas innumerables, usadas como instrumentos de guerra para destruir a un pueblo a través de estos cuerpos, tal y como los yihadistas estaban destruyendo los puentes sobre el Éufrates y arrasando con calles, monumentos y hogares de miles de familias.

Vamos a empezar de nuevo. Queridas mujeres yazidíes, hermanas, solemnemente prometemos que no viviremos en paz hasta que cada una de vosotras haya recibido el consuelo de la verdad y la justicia, y con vosotras, vuestros padres, hermanos e hijos. Quizá esta sea la única carta posible. Necesitamos encontrar nuevas palabras para hablar de vosotras. Palabras que se-

pan ver y conservar el recuerdo feroz de todo y juntas podáis fijar la mirada hacia el horizonte de un largo tiempo de paz. Pero cómo hacerlo. La mayoría de nosotros en Occidente conocimos la historia del pueblo Yazidí cuando los hombres tras la bandera negra del llamado Estado Islámico decidieron que erais el enemigo a destruir. Lo hicieron otros antes, pero no de una manera tan atroz. Ha sido vuestra historia, mujeres yazidíes con vestidos coloridos y peinados elegantes, la que rompió las barreras de nuestra indiferencia. Y entonces, de la mezcla de humanidad que habita los confines de la mítica Mesopotamia –la tierra entre dos ríos que todo estudiante conoce por ser milenaria, bella, fértil, paraíso terrenal modelo de toda futura promesa–, aparecieron en nuestra conciencia los yazidíes. Surgidos de la sinrazón. No es que la razón pueda explicar lo que hacen los hombres, ni siquiera puede la religión. Vuestra religión es mansa, de tradición oral y misteriosa como todas las religiones, pero quizá un poco más que otras. En nombre de otra religión han consumado el mal contra vosotros. Pero eso no es Dios. Es el poder de los hombres que saben cómo el cuerpo de una mujer puede volver a dar vida y esperanza a todo un pueblo.

¿Se puede seguir pensando esto después de experiencias como la vuestra? Me pregunto qué queda de bueno en la



vida de las que sobrevivieron. Podríais haber muerto de mil maneras, pero no sucedió. Me pregunto cómo ayudar a encontrar dentro de una misma el camino para resucitar a la humanidad. Tal vez “hermanas” sea la palabra clave. Los relatos que **Nadia Murad** regaló al mundo con inmensa generosidad nos cuentan que os aferrasteis a una hermandad natural, inmediata y espontánea, que llorasteis los muertos de todas juntas, que mantuvisteis los lazos de vuestra existencia cuando os separaban y que os ayudasteis a escapar. De esta forma os convertisteis en hermanas de las mujeres tutsi en Ruanda, de las mujeres musulmanas en Bosnia-Herzegovina y de las mujeres rohinyá que huyen de Myanmar. Un recorrido por el mundo de la violencia que utiliza el cuerpo de la mujer para aniquilar a un pueblo.

Ahora que al menos para una parte de vosotras esa violenta experiencia ha terminado, podría abrirse un nuevo tiempo



Es hora de liberar a las que siguen siendo esclavas en los campos de refugiados, casi tres mil, una cantidad enorme, o a aquellas que no escapan por no dejar a sus hijos atrás. El mal comienza y luego toma vida propia y se necesita un mundo para detenerlo. Se necesita una hermandad, una sororidad universal. Es fácil golpear a los yazidíes, un pueblo sin tierra. Pero nadie es dueño de la tierra y por eso vuestra historia nos recuerda la verdad de todos nosotros, hombres y mujeres. Nadie es dueño, somos guardianes. En la naturaleza, la violencia solo es necesaria para sobrevivir. El animal que se come, se come para vivir. El resto es solo el pecado de los hombres. En vuestra historia de estos años parece que ha triunfado el mal y nada más. Violencia, muerte, secuestro y más violencia. Y hoy el silencio de los campos de refugiados. Pareciera el fin de nuestro mundo humano.

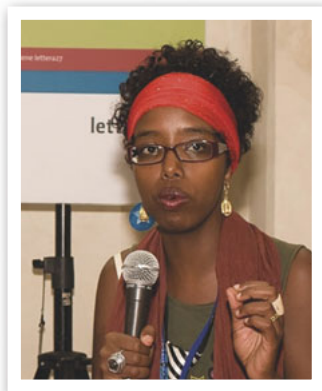
A group of women, likely victims of the conflict, standing outdoors. They are wearing headscarves and traditional clothing. One woman in the foreground wears a red headscarf and a patterned dress, while others wear white and green headscarves. They appear to be waiting or observing something off-camera.



Más de 8.000 niños, jóvenes y adultos musulmanes bosnios fueron asesinados y enterrados en fosas comunes. Fue aquella masacre que tuvo lugar en julio de 1995 durante la guerra de Bosnia-Herzegovina en una ciudad que, desde 1993, había sido declarada “zona protegida” para los civiles por Naciones Unidas. Fue el genocidio de Srebrenica. Cada año los supervivientes regresan allí para rendir homenaje a sus padres y hermanos, esposos e hijos. La mayoría mujeres. A ellas les toca perpetuar la memoria de la masacre y luchar por la justicia sin alimentar el odio. **Munira Subasic**, presidenta de las “Madres de Srebrenica” asegura que soportan “la mayor carga del mundo, luchando por la justicia, durante y después de la guerra. Debemos estar orgullosos de haber conseguido criar a nuestros hijos sin sentimientos de odio o venganza y creo que las mujeres de todo el mundo deberían aprender de nuestro ejemplo”.



A la esperanza Yanomami



“En el país que era solo tierra y libertad, llegaron cazadores clandestinos de la mafia del oro y todo cambió. Pero, ahora una mujer...”

IGIABA SCEGO

Me gustaría verte feliz. No sé tu nombre. He visto de pasada tu cara en Instagram. Estabas a los pechos de tu madre. Unos pechos sin leche. Una madre sin carne. Una madre de pellejo y huesos. Tu madre tenía tanta hambre como tú, que no puedes mamar su leche. Un hambre que dura más de quinientos años.

El país en el que vives era solo tierra, era solo libertad, era solo felicidad hace quinientos años.

Tus antepasados vivían del bosque y del cielo.

Luego vinieron hombres, con barba, en una carabela del otro lado del mundo, de Europa. Hombres con su bandera y su arrogancia. Y vuestros antepasados, en ese cono que ahora llamamos América Latina, vieron arrebatada su tierra, su felicidad y su vida. Incluso la muerte, –que era digna en la época de vuestros antepasados y se vivía en relación con los espíritus ancestrales–, les ha sido robada.

Cualquier nexo fue borrado. Los caminos y comunicaciones destruidos. Tu pueblo, que siempre estuvo ahí, se quedó huérfano de sí mismo. Los hombres que



A las nacidas durante la guerra

Queridas niñas nacidas en tiempos de guerra, en todos los tiempos, en todas las guerras. Comencé a escribir esta carta el 10 de marzo de 2022. Estaba en el hospital y de vez en cuando venía un médico a revisarme, pero cuando entraba en la habitación no siempre me encontraba porque casi siempre estaba encerrada en el baño, encogida de dolor. Sí, no me sentía nada bien, aunque pronto llegaría el mejor momento de mi vida, el tener a mi hija en brazos. Pero, en aquel momento mi hija seguía en mi vientre, bien posicionada para salir, rumbo a la vida, al mundo. ¿Qué mundo? En esas horas comencé a sentirme res-

ponsable de todo lo que sucedía en la tierra, de que no desperdiciaría cada instante a partir de ese momento y de toda la belleza que le habría mostrado.

Estaba sola en una habitación de hospital, pasando por los dolores del parto, mientras miraba por la ventana las hojas y los árboles del jardín. Vi cómo iba cambiando el cielo desde el mediodía a la oscuridad de la noche pasando por el gris de la tarde. Las horas pasaban y también la frecuencia de mis contracciones. Podía escuchar las voces de médicos y enfermeras, de parteras y mujeres embarazadas detrás de la puerta de mi habitación. Pero yo estaba como ausente y como

si estuviera en todas partes. Mi hija estaba en todas las niñas que había conocido en mi vida,

en sus miradas, sonrisas y lágrimas. El gotero del brazo iba haciéndome efecto y mi hija





bajaron de las carabelas, los hombres del otro mundo, comenzaron a gritar a los cuatro vientos que os habían "descubierto". Pero sabíais que siempre habíais estado allí, en esa tierra, la vuestra, dada por los dioses y el cielo. Personas nunca descubiertas por nadie. Sabemos que las mentiras tienen patas cortas, pero se convierten en verdad cuando se repiten. Especialmente si se hace empuñando lanzas. Y así que fueron exterminados los pueblos originarios de Norte a Sur, de Este a Oeste. Asesinados por lanzas venenosas o por asesinos invisibles que arrasaron con todo. Gente feliz perdida de repente en la pesadilla de un poder caníbal.

Y así, antepasado tras antepasado, los pueblos originarios, los que siempre habían estado allí, vieron cambiar el mundo. Donde estaba el bosque de pronto hay una valla. Donde había libertad de repente hay una prisión. Y con tus antepasados, también lloraron los animales y los árboles, los primeros asesinados sin razón y los otros masacrados por las hachas de la deforestación. Así habéis aprendido a resistir. A tener en cuenta los saberes ancestrales. A no perder el contacto con la naturaleza. De tu pueblo, los Yanomami, mi niña, se dice que sois observadores de la naturaleza. Conocéis especies de plantas que los científicos altamente condecorados por ilustres universidades ni conocen. Y sabéis cómo no excederos con

la madre naturaleza. Conocéis el límite entre el hombre y la tierra. Respetáis el mundo. Y tal vez por eso el mundo no os ha respetado.

Desde la década de 1990 sus tierras son invadidas por los "garimpeiros", mineros clandestinos a sueldo de las "mafias del oro", que contaminan los ríos y los cielos. Están a sueldo de potentados sin escrúpulos. Y en los últimos años, la situación de vuestro pueblo ha empeorado. A tu alrededor, pequeña, todo se muere. Los peces, los pájaros, las larvas. El mercurio arrojado a los ríos también te está enfermando a ti. Tienes calambres en el estómago, tu amada tierra se ha vuelto palúdica, pútrida.

Y no tenéis más para sobrevivir. Brasil, el país donde siempre vivieron tus ancestros, solo notó tu hambre hace poco. Mucha gente no sabía de tu dolor. Han visto tu cuerpo esquelético, esa hambre que dibuja por primera vez una mueca en tu boca. Y muchos, no los que te mataron de hambre, sino todos los demás, lloraron. Se indignaron. Todo debe cambiar, decían en la calle, en las redes sociales y en los periódicos. Una mujer encabeza el recién creado Ministerio de los Pueblos Indígenas. No llegas a verla porque estás muy débil. Pero veo un brillo en el fondo de tus pequeños ojos. Esa es la esperanza que tienes que conservar en esta vida mientras te aferras a tu madre con fuerza esperando que llegue la felicidad.

también procedía haciendo lo suyo. La doctora me avisaba de que estaba viniendo al mundo, un mundo que tenía que presentarle.

Tenía dos libros y un cuaderno en mi mesita de noche que había traído con la certeza de que las páginas de mi literatura favorita, como siempre, me hablarían, me consolarían y me enriquecerían. En cambio, en ese momento ya no me interesaba ir a otra parte porque solo me interesaba el presente. Me importaba la vida y el mundo estaba envuelto en una sola palabra, futuro, que había rechazado durante mucho tiempo en el pasado. Ese día la noticia de la jornada era la del hospital infantil bombardeado en Mariúpol, Ucrania. Las

"Os he comenzado a escribir cuando nació mi hija. Sois todas hijas, somos responsables de vosotras. Sí, esta es una carta para pedir os perdón"

imágenes de mujeres embarazada que huían de las ruinas me atravesaban con una violencia que me hacía olvidar cualquier dolor físico. Entré a la sala de partos con ellas, con esas mujeres, con lo que no me estaba pasando. Pocas horas después de la medianoche nació mi hija y ya cualquier cosa del mundo me implica.



NADIA TERRANOVA

Queridas niñas nacidas en tiempos de guerra, no estoy segura de por qué os estoy escribiendo. No tengo nada que enseñaros. Vosotras me enseñáis a mí. Sabéis mucho más que nosotras. Queridas niñas –y también queridos niños–, queridas niñas, solo puedo avergonzarme, y mucho, de que nací en esta parte del mundo.

Virginia Woolf escribió que hasta que no pensamos en la paz, todos nos encontramos en una sola oscuridad mortal sobre nuestras cabezas. Escribió que, en esta palabra, "todos", también están los cuerpos de las personas que aún no han nacido. No encuentro mejores palabras que las que ella escribió, solo sé relatar o callar, y generalmente en estos casos prefiero la segunda opción. Si he aceptado hablar es porque, quizá de una forma torpe, quiero decir que todas vosotras sois hijas. Que somos responsables de vosotras, que cargamos con una gran culpa y que, con esa palabra, mundo, no hemos podido hacer mucho bien. Sí, esta es una carta para pedir os perdón.

A las africanas sin derechos



“Más escuelas para todos, más investigación, más conciencia histórica; estos siempre han sido los instrumentos para la emancipación, también para la femenina”

ENTREVISTA CON LA ESCRITORA ITALIANA DACIA MARAINI

mujer que adquiere herramientas de juicio y análisis es más difícil de controlar.

¿Qué instrumentos internacionales y nacionales podemos emplear para eliminar la mutilación genital femenina?

Como siempre, las leyes surgen de la cultura. La mutilación genital es una costumbre muy antigua, anterior a la religión musulmana. Y nace de una necesidad de someter a las mujeres al poder patriarcal. Se debe hacer una campaña que se centre en el conocimiento histórico del problema y luego en los derechos civiles. Pero es un pez que se muerde la cola, porque si no hay conciencia, serán las propias mujeres –como todavía pasa– quienes pretenderán aplicar las antiguas normas

represivas hacia las mujeres. Unas amigas australianas me hablaron de una red de mujeres inmigrantes africanas que practicaban la mutilación genital femenina por considerarla un deber ancestral. Por suerte alguien las denunció y así se supo.

¿A qué desafíos se enfrenta la igualdad de sexos en África?

Como he señalado, es difícil hablar de África en general. África está formada por muchos países y no todos son iguales. Hay un África musulmana que muchas veces ha tomado y reproducido las antiguas costumbres tribales transformándolas en leyes. Hay un África cristiana que es más considerada, pero no está libre del sincretismo que muchas veces causa daños.

Dacia Maraini, ¿cuál es el derecho humano más vulnerado, negado o menos respetado de las mujeres africanas?

Es difícil hablar de derechos en las sociedades tribales donde los derechos se miden en función de la tradición. Pero, comenzaría diciendo que no podemos hablar de mujeres africanas en términos generales. En los países africanos donde hay leyes, una constitución reconocida y un sistema de instituciones que funcionan para bien o para mal, los derechos negados a las mujeres son similares a los de muchos otros países del mundo, es decir, falta de igualdad en el trabajo, falta de acceso a la educación superior, falta de respeto y consideración durante los juicios y falta de una atención adecuada en los hospitales. ***La violencia contra las mujeres en África adopta distintas formas como la violación, el maltrato físico y psicológico, los matrimonios forzados, concertados o precoces, las muertes en el parto, la prohibición del acceso a los estudios y la mutilación genital femenina. ¿Cuál cree que el peor de los instrumentos de sumisión?***

Yo diría que el instrumento de represión más grave es la mutilación genital, porque se da contra niñas pequeñas que no pueden ser conscientes de la gravedad del hecho y porque es irreversible. Pero todas las demás formas de represión son deplorables y comprometen gravemente el crecimiento y la libertad de las mujeres. En segundo lugar, colocaría la prohibición de acceder a los estudios que priva a niñas y jóvenes de la posibilidad de ser conscientes de sus derechos. No es casualidad que en todos los países dictatoriales se niegue a las mujeres el derecho a estudiar. Una



Y hay un África pagana que se apropia de la tecnología más avanzada sin renunciar a las antiguas costumbres represivas, no solo con respecto a las mujeres, sino también a los hombres, como la esclavitud o el comercio de seres humanos.

¿De qué forma la cultura influye en la desigualdad de sexos en África?

Como ya he dicho, el mal viene de la idea de que es posible apropiarse del progreso tecnológico sin tener en cuenta en la educación el respeto por el otro, la práctica de la democracia y el respeto de los derechos civiles para todos. Estos son logros culturales que con demasiada frecuencia se pasan por alto en la creencia de que la modernidad proviene de la posesión de dinero, armas y poder.

¿Qué es el feminismo afro?

Sinceramente no lo sé. No conozco lo suficiente las situaciones en los distintos países. Pero yo diría que todas las mujeres, cuando son privadas de sus derechos se dan cuenta, aunque no lo expresen con palabras. El malestar es reconocible por su malestar espiritual. ¿Y quién se ocupa de estos males de las mujeres?

¿Se puede hablar de un feminismo distinto dependiendo de la zona geográfica?



El feminismo no debe dividir sino unir. Lo que marca la diferencia son, por supuesto, las condiciones históricas y sociales. Pero la libertad no conoce religión ni ideología. Una mujer que no tiene libertad de pensamiento, de palabra y/o de movimiento lo sabe. Hasta un pájaro enjaulado sabe lo que es la libertad: salir de esa jaula que no te da derecho a volar. El pajarito no puede decirlo porque no tiene la palabra, pero lo sabe. Así que hasta la mujer más ignorante e inconsciente sabe cuándo se le impide ser libre de pensamiento, palabra y movimiento.

¿A qué problemas se enfrenta el movimiento africano por los derechos de las mujeres?

Creo que es una gran carga cultural la que ha llevado sobre sus hombros. Yo personalmente estoy agradecida con el movimiento por abordar estos temas con generosidad e inteligencia histórica.

¿Qué impacto ha tenido el colonialismo en el papel de las mujeres en la sociedad africana?

El colonialismo fue un mal porque pretendía apropiarse de los bienes de países ricos en materias primas. Y ha pecado gravemente al no crear condiciones de vida aceptables, como carreteras, pozos, escuelas u hospitales. Sin embargo y sin querer, por la vía cultural a través de sus intelectuales algo quedó de las conquistas en materia de derechos civiles. Repito, no creo que haya países civilizados y no civilizados. Creo que los acontecimientos de la emancipación deben ser vistos en un sentido histórico. No hay duda de que la historia de la humanidad comienza en África, y en la prehistoria África estaba a la vanguardia en todos los sentidos. Después, cayó en una especie de sueño histórico que la llevó a la pobreza, dejando que las nuevas conquistas se produjeran en otros países. Los países más ricos y tecnológicamente más avanzados lo han aprovechado para saquear las riquezas africanas.

¿Cuáles eran los derechos de las africanas?

Los derechos cambian según las condiciones de vida. En una tribu que debe cazar y practicar el nomadismo para sobrevivir, los derechos serán los establecidos por las duras leyes de la supervivencia. A pesar de esto, creo que las mujeres africanas en la época precolonial tenían más derechos que los que eliminaban los regímenes de poder que venían de fuera. En muchas sociedades africanas existía una forma de matriarcado basada en el poder simbólico de la maternidad. La mujer daba la vida y por eso era considerada sagrada y divina. Esto se perdió con la llegada del colonialismo.



¿Cómo se puede cerrar esta brecha de género?

Solo con cultura. Con más escuelas para todos, más investigación y más conciencia histórica. Estas han sido siempre las herramientas para la emancipación de los pueblos. Incluso de esa población considerada minoritaria, pero que no lo es, que es la población femenina.

¿Qué escribiría en carta a una niña africana?

Escribiría así: Querida niña africana, deseo que seas feliz y por eso te diría que antes de nada tendrías que liberarte del hambre y la miseria. Si puedes liberarte de la pobreza, te digo: insiste en tu derecho a la educación. Porque estudiando e informándote, entenderás mejor tus derechos y sabrás cómo luchar para obtenerlos. Confía en tu fuerza moral e intelectual, no te dejes influir por quienes te dicen que eres inferior, que eres incapaz de pensar por ti misma o por quienes te dicen que te cubras porque tu cuerpo o tu cabello son una fuente de tentación. Piensa que tu libertad es la libertad de todos. No tengas miedo, si quieres, eres capaz de imponer tu dignidad y tu necesidad de justicia. El futuro es tuyo, querida niña, no dejes que te lo arrebaten de las manos. De corazón.

Dacia Maraini.



Queridos hombres, sois débiles



“Vuestra violencia contra las mujeres revela vuestra fragilidad. Solo yo, que sobreviví al holocausto, puedo comprender vuestra debilidad en los campos de concentración”

EDITH BRUCK

Queridos hombres, sé que es el Día de la Mujer. Iréis a comprar para vuestras mujeres esas pobres plantas de mimosa prontas a ser sacrificadas en esta jornada, con sus bolitas amarillas aterciopeladas que, en realidad, van a morir pronto volviéndose marrones. Morirán como las mujeres en muchas partes del mundo, asesinadas, torturadas, encarceladas o enjauladas en nombre de la religión, o del amor o de una cultura que les niega su libertad.

Nosotras, las mujeres occidentales de diferentes culturas y religiones, solo podemos admirar a estas titanes que intentan liberarse de la *sharia* y romper la jaula en

la que nacieron y mantienen hombres débiles que temen a las mujeres libres, porque saben de su fuerza, de su valor, de su fantasía, de su imaginación, de su autodeterminación y de su coraje. Es la debilidad de los hombres la que desencadena la violencia, la violación y el asesinato. La debilidad y no el amor.

Cualquier dolor os consume y os sentís perdidos sin la mujer-madre-hermana que alivia vuestras heridas. Porque no soportáis el sufrimiento o el abandono, porque os sentís huérfanos e incapaces de valeros por vosotros mismos, de soportar la soledad o cualquier pérdida como la del trabajo o la posición social. No soportáis la ambición frustrada, cualquier derrota os degrada, como si os hubierais quedado siempre suspendidos en la infancia.

¿No es hora de crecer y soportar las adversidades de la vida? ¿Echáis de menos eternamente a mamá? Incluso los hombres más inteligentes e importantes difícilmente aceptáis que el éxito de vuestra esposas pueda ser mayor. Después de todo, os gusta llevar las riendas.

Las mujeres inteligentes, a las que los hombres en general tienen un poco de miedo, se alegran cuando su pareja logra lo que quiere, pero lamentablemente no suele pasar al contrario. Soportáis mal a las mujeres cultas y conscientes de sus posibilidades, como si no tuvieran derecho a realizarse.

La cultura secular, –la nuestra, la que siempre os había privilegiado–, os ha perjudicado y ha sido y es un boomerang. Con esto no quiero decir que las mujeres de carrera sean mejores que los hombres; al contrario, a veces son peores para demos-

trar que también pueden ser superiores a ellos.

Diría que cualquier violencia contra la mujer no es otra cosa que la fragilidad del hombre. Solo levantar una mano contra una mujer es ya una derrota. En los países donde llevan velo, las mujeres por fin han abierto los ojos y, afortunadamente, hay algunos hombres que luchan con ellas y pagan con su vida como ellas mismas. Esperemos de todo corazón que el despertar que acaba de comenzar continúe, no se detenga y no cueste demasiada sangre. Tarde o temprano los dictadores de fe férrea y punitiva cederán. Solo tenemos que esperar. Las cadenas que aprisionan la libertad y la belleza no pueden existir en nombre de ninguna fe o dictado escrito, decidido e impuesto por hombres solo en su propio beneficio.

Las mujeres estamos escribiendo con sangre una nueva página de la historia, apoyadas en nuestro dolor, solidaridad y cercanía, aunque sabemos que por desgracia son muy pocas y que las demás vivimos en la impotencia. Nuestros hombres, –después de medio siglo de lucha femenina mientras, cambiaban los pañales de sus hijos y los llevaban en brazos–, han cedido espacio y poder a muchas mujeres valiosas. La mujer se ha emancipado con el trabajo, ha salido de casa y ya no es la guardiana del hogar. Y aunque esta nueva situación no sea el sueño de muchos hombres, ahora es un hecho. Sin embargo, no por ello se puede ignorar la realidad. Los feminicidios abundan por la debilidad de los hombres, porque no caminamos de la mano, porque no crecemos juntos en el respeto mutuo, el amor, la aceptación y la

conciencia recíproca. El hombre siempre está unos pasos atrás y si pudiera detener a la mujer, la detendría. El camino todavía es largo.

Solo yo, que sobreviví al holocausto, puedo comprender la extrema debilidad de los hombres, quienes pagaron el precio más alto en los campos de concentración, donde murieron al menos el doble de hombres que de mujeres. Pagaron ese precio por su cultura y es que la mayoría fueron intelectuales, también ortodoxos y hombres acomodados. Fueron incapaces de cuidar de sí mismos: matar un piojo, esconder los sabañones de los pies, una herida o un absceso, lavarse cuando era posible, ponerse de pie al pasar lista, protegerse con cualquier cosa del frío, soportar el dolor, el hambre y el abandono a uno mismo, el sufrimiento físico y moral y las ofensas.

Fueron incapaces de soñar, de imaginar o de pensar que tal vez algún día serían libres. Por el contrario, para engañar al conocido doctor **Mengele**, las mujeres de Auschwitz se hacían con un poco de papel rojo para teñirse las mejillas, mezclaban el agua con una pizca de polvo para usarlo como maquillaje con el fin de cubrir la palidez de sus rostros demacrados y ocultar las imperfecciones y se protegían los pies con hierba dentro de los zapatos. Cuidaban de sí mismas con prácticamente nada.

¡Oh, qué lástima, qué dolorosa agonía encontrar a estos hombres en Dachau, cerca de nuestro campo, todos tirados en el suelo, casi inmóviles, incapaces debido a su extrema debilidad de agarrar una patata que robé y les lancé por encima de la alambrada que nos dividía! Solo vi un brazo estirarse sin poder alcanzar la patata.

Y así, en Bergen Belsen, después de la marcha de la muerte, nos encontramos un campamento de hombres. Allí también estaban todos en el suelo, desnudos, muertos o en agonía.

Con la promesa de ración doble de sopa, nos dijeron que limpiáramos el campo como si se tratara de basura y los arrastramos a la tienda de la muerte, donde había una montaña de cadáveres.

Las mujeres que traen la vida al mundo la defendieron como si tuvieran que repoblarlo después del millón de niños quemados, después de aquel infierno en la tierra en la Europa "civilizada".

Celebremos este 8 de marzo caminando, hombres y mujeres, estrechándonos las manos, guiándonos hacia la paz consigo mismos y con nosotras, las mujeres, de las que ni ellos ni el mundo pueden prescindir.

A vosotras kurdas, os deseo...

"... que seáis tan fuertes como para perseguir, entre vuestras aspiraciones, la no violencia. Que sois las primeras que habéis gritado: 'Mujeres, vida, libertad'"

CAROLA SUSANI



Os escribo para daros las gracias. A lo largo de los años he visto fotos vuestras, sonrientes y armadas, combatiendo la violencia del fundamentalismo en una de sus formas más crueles, la del llamado Estado Islámico. Eran imágenes potentes de fuerza, juventud y belleza que nos remiten a las más nobles batallas por la liberación, a momentos llenos de esperanza en los que las dificultades se mantienen en lo escondido.

Hay algo más en esas fotos, porque son fotos de mujeres respetadas, instantáneas diferentes a las de las mujeres obligadas a llevar un velo completo, marginadas de la vida pública y excluidas de la educación. Basta con compararlas para comprender cómo esta lucha es una cuestión de vida o muerte, porque ni vuestros cuerpos ni vuestras almas pueden renunciar a la plenitud del ser en el mundo. Toda esa belleza enmascara ese dolor, ese cansancio, esa pérdida y, en definitiva, la muerte.

No me sorprendió descubrir que el grito, *Mujeres, vida y libertad* fuera la consigna de la resistencia feminista kurda: *Jîn, Jîyan, Azadî*. Después, se escuchó en farsi: *Zhen, Zhian, Azadi*. Las que vivís en Irán y otras iraníes lo habéis gritado en distintos idiomas en esta batalla no violenta que estáis llevando a cabo. Es un lema que se reproduce en Oriente Medio allí donde las condiciones de vida se han hecho intolerables para muchas mujeres.

Os escribo por admiración. Cuando pienso en la condición de la minoría a la que pertenecéis, asentada entre Turquía,

Siria, Irán e Irak, sin nación y perseguida por vuestra lengua y cultura, me parece un milagro que no hayáis dado a luz a un nacionalismo cerrado e identitario. Estáis en el corazón del experimento Rojava, la Administración Autónoma del Noreste de Siria no reconocida por el gobierno sirio, que tiene por objetivo una sociedad basada en la convivencia de culturas y religiones, en la ecología, el feminismo, la economía social y la autodefensa popular.

Me llama la atención la fuerza con la que ponéis en el centro de la sociedad la libertad de la mujer y su capacidad de liderazgo político; me llama la atención cómo dejáis de lado el sueño decimonónico de nación por el de colaboración democrática entre personas de diferentes culturas, a quienes se garantiza la expresión y el estudio de su propia lengua y cultura; y me resulta muy interesante vuestra idea de una política de base que se desarrolla en los municipios y en asambleas de participación ciudadana, desde pequeñas a grandes. Me interesa vuestra forma de abordar el tema de la educación, el apoyo mutuo y la ecología. Me parece que la vida pública, tal como la imagináis, supera las polaridades a las que estamos acostumbrados, como nort-sur o este-oeste, e introduce un elemento diferente, que proviene de la tradición socialista, y que se expresa como nuevo.

No sé si en la práctica lograréis alcanzar vuestras aspiraciones. Me cuesta no salir en vuestra defensa cuando oigo críticas hacia vosotras y hacia el Rojava que estáis construyendo. No todas las historias contienen solo gloria. Os estoy inmensamente agradecida y, junto con mi gratitud, espero que os llegue un deseo tan fuerte que podáis perseguir la no violencia; y os sintáis tan seguras como para poder hablar de todo, sobre todo, de lo que no funciona y de lo que hay que mejorar para poner en marcha una nueva idea de estar en el mundo. Contadnos todo para que podamos aprender de vosotras.





Era una niña, no una esposa

MARIA GRAZIA CALANDRONE

“Me gustaba estudiar. Rebelarme a un matrimonio concertado acabó con la misera suerte que me esperaba. Sé que otras niñas indias lo harán también”

Nací el 9 de mayo de 2003 en un pueblo llamado Kalavai. Aquí las casas tienen puertas de madera de color azul que dan a pequeñas calles polvorientas. Nos mezclamos con el bosque, el viento, el sol, el agua dulce del pequeño lago, la arena, las motos y las bicicletas. Los colores claros de las fachadas se confunden con el azul cielo que descansa sobre las tejas y las hojas de palma como una cigüeña gigante. Si llueve, el cielo gris parece un ave de rapiña con las alas extendidas. Y, abajo, pisamos el naranja de la tierra. Los niños juegan y corren entre las casas.

La divinidad los salva de las picaduras de escorpiones.

En 2013 murió mamá **Alamelu**. No importa de qué, porque no hay razón para que la madre de una niña de diez años muera. Ya está. Mi hermana de nombre **Anandi**, mi hermano, ambos mayores, y yo, nos quedamos con un padre alcohólico que se volvió a casar a los pocos meses y se fue a vivir con su nueva esposa a la capital, junto al mar. Nos dejó allí como tres plantitas que uno deja de regar.

Fuimos acogidos por la hermana de mi madre, que ya tenía hijos propios. En aquella casa trabaja solo su marido como peón. Éramos muy pobres.

La primera que nos libera de la carga económica que suponíamos fue mi hermana, que se casó a los 17. Dos años después me tocó a mí. Acababa de terminar el noveno grado y mi tía decidió casarme con un hombre que me doblaba la edad. Yo tenía 14 años, él 28. Apenas lo conocía así que supliqué y lloré. Pero no sirvió de nada. Mi tía respondió que ya no podía mantenerme. Mis amigas me aconsejaron que obedeciera, que no nos quedaba de otra. Siempre ha sido así para todas y siempre será así.

Pero yo me he enamorado.

Tengo un sueño, una pasión más grande que mi propia vida.

Me he enamorado de algo abstracto. ¿Cómo lo puedo explicar?

Amo los libros y el estudio. ¿Cómo explicar que no estoy hecha para obedecer?

18 de julio de 2017. La boda está fijada para el día siguiente. Está todo listo. Soy como esos toros conducidos a la arena durante Jallikattu: drogados, con las orejas cortadas y picante en los ojos. Locos por el miedo. Yo también tengo que participar en un espectáculo. Una boda india está destinada a ser recordada. Es mañana. Me encierro en mi cuarto y lloro por los libros que tengo que abandonar. Así tiene que ser. Entonces, mi mirada se detiene sobre un papel de colores que me dieron en la escuela y que era solo para las chicas. Está escrito el número de teléfono de *Childline*, el 1098.

No me decido, pero una fuerza mayor que mi propia voluntad me precipita hacia el teléfono. Estoy pidiendo ayuda. Estoy denunciando a quien me crio, estoy negando a mi familia y a la familia de mi prometido. Estoy negando mis tradiciones. Me rebelo contra la pobreza con todas las

fuerzas de mi vida. Me dicen que vendrán a salvarme en un par de horas. Salgo de mi habitación. Mi rostro está maquillado, mi cuerpo decorado con henna y cúrcuma, llevo unos pendientes en forma de gancho, coronas de perlas en la frente, brazaletes y adornada con oro. Llevo flores en la cabeza, como el toro.

Son las ocho de la tarde. Se acabaron los rituales en casa. Tenemos que ir al templo, donde me espera la familia del prometido. Caminamos. Más bien, ellos caminan y yo me arrastro. Dos universos uno al lado del otro, incompatibles. Yo y ellos, yo y todos los demás. Imagina caminar pensando en el abrazo de un extraño que pronto tendrá derecho de abrazarte, porque pronto le pertenecerás para toda la vida. Imagina caminar sabiendo que ya no podrás hacer lo que amas. Nunca más. Imagina caminar sabiendo que pasarás el resto de tu vida sirviendo al extraño con el que te verás obligada a acostarte, sabiendo que te verás obligada a cuidar de sus padres



como si fueran tuyos. Soy el toro enloquecido del dolor. Soy una dote, el fruto de un acuerdo. Así lo dice el Kamasukta, el himno al amor que recitaremos durante la ceremonia nupcial: “¿Quién ha ofrecido a esta muchacha, a quién se le ha ofrecido?” Los tambores y el sonido del shanai me sacan el corazón del cuerpo, un latido que se percibe como alegría, pero no es más que desesperación. La procesión es colorida. Ya está sucediendo.

La niña está completamente sola en medio de familiares que la empujan. Completamente sola entre el ruido. No soy más que el resultado de un acuerdo.

Es la tradición. En la multitud, veo a mi prima que me guiña el ojo. Tal vez quiera animarme a huir. Yo ya no soy yo. Los adultos que debían protegerme son una bandada de aves carroñeras que ofrecen mi vida como si fuera la suya. Pero mi vida es sagrada. Entramos al templo impregnado por el olor a incienso quemado. Veo esmaltes y estucos. La manada me entrega. Huele a hierbas, patata, arroz y se oye el zumbido de las moscas sobre los envases de aluminio con pollo marinado y queso. Soy como una de esas verduras cortadas por la mitad. Sigo viva, pero ya estoy muerta.

El rojo de la ropa y las coronas de flores son sangre y espinas. La alegría de los demás es una laceración. Cadenas de flores y espejos cuelgan de los lados del templo. El coco y la leche están listos en los tazones. Nadie viene a salvarme. No pasa nada. El matrimonio procede y se acerca mi final.



Maria Grazia Calandone ha dado voz a Nandhini, una niña india de 14 años que ha conseguido escapar de un matrimonio concertado por su tía. Juntas han contado su historia en #StandUpForGirls 2019, un evento organizado por Terre des Hommes.

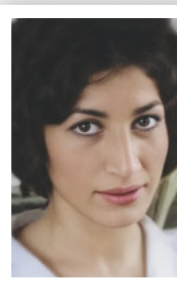
Los colores, las hierbas, la leche, el arroz, el rojo y el dorado, el fuego. Los colores, las hierbas, la leche, el arroz, el rojo y el dorado, el fuego. Su sonrisa me consume como lo hace el incienso. El perfume se lleva mi alma. Soy fuerte, pero no pensé que tendría que asistir a mi propio final. Entonces, sucede. Los jeeps están llegando. Frenan levantando la polvareda. Veinte personas se bajan rápidamente. Son civiles y policías que me están buscando.

El rebaño me despoja de mis joyas y me esconde, me pide que mienta. Digo que sí, asiento con la cabeza, pero luego salgo corriendo y grito hasta perder la voz que solo quiero estudiar. Me quedo durante semanas en el hogar de Terre des Hommes hasta que se hace todo el papeleo. Estoy aturrida, estoy como en un sueño y estoy sola, completamente sola como alguien que es libre. Entre las ocho de la tarde y la medianoche mi vida volvió a ser mía. Ahora sigo estudiando y mi historia se ha hecho famosa. Incluso el gobierno me ha dado 1200 euros con los que estudiaré y lucharé por otras como yo.

Solo con una llamada telefónica arranqué de raíz mi mísera suerte como una hierba malsana, hice un viaje por el espacio y el tiempo. Y otras lo harán detrás de mí. Estamos sujetos al tiempo y somos dueños de nada. Solo del poco tiempo que tenemos, del tiempo de nuestra vida. Estudiar me salvó la vida. Es más, me dio la libertad. No os he traicionado y os quiero como siempre, pero en mi corazón sigue mi voluntad de estudiar tan firme como la hierba que no se puede aplastar. Porque no quería vivir esta vida en vano.

Saludaré al sol una vez más

*Saludaré al sol una vez más,
al río que en mí corre,
a las nubes que eran mis pensamientos,
al crecer doloroso de los árboles del jardín
que cruzaban conmigo
las estaciones secas del tiempo;
Saludaré a la bandada de pájaros
que me obsequia
con el dulce aroma de las sierras nocturnas;
Saludaré a mi madre, que vive en el espejo
y se parece a mi vejez;
Y saludaré a la tierra, a su deseo ardiente
de repetirme y llenarme de semillas verdes
su vientre abultado, sí, la saludaré,
la saludaré de nuevo.
Vendré, vendré, vendré...
con mi cabello: que es la continuación
del olor de la tierra;
con mis ojos: que son la intensa
experiencia de la oscuridad:
con las flores que he recogido en los
jardines del otro lado del muro.
Vendré, vendré, vendré...
y la entrada se llena de amor
y, yo, en el umbral,
a quienes aman,
y a la muchacha que aún está aquí,
en el umbral rebosante de amor,
saludaré otra vez.*



FOROUGH FARROKHZAD

I Will Greet the Sun Again (Saludaré al sol una vez más) es un famoso poema de la poeta iraní Forough Farrokhzad. El verso, vendré, vendré,

*vendré, expresa el deseo de que las mujeres sean libres. Nacida en Teherán en 1934 y fallecida a los 33 años en 1967 en un accidente de tráfico, Farrokhzad desafió a las autoridades religiosas y a los magistrados conservadores y contribuyó decisivamente a la renovación de la literatura persa. También fue actriz y realizadora. En 1963 filmó en una comunidad de leprosos el documental *Khaneh siyah ast (La casa es negra)*, que ganó premios en todo el mundo. Un viaje en el sufrimiento, lleno de compasión y religiosidad, con pasajes extraídos del Antiguo Testamento y del Corán. Su tumba en el cementerio Zahir Dowleh es un destino de peregrinaje para muchos jóvenes.*





Universidad Pontificia de Salamanca

UNIVERSIDAD DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA

Comprometidos con un futuro excelente



www.upsa.es

Universidad patrocinadora de este suplemento